

Un duelo de labores y esperanzas

Don Francisco Giner
en su centenario
(1839-1915)

Raquel Velázquez Velázquez (ed.)



Un duelo de labores y esperanzas

Un duelo de labores y esperanzas

**Don Francisco Giner
en su centenario
(1839-1915)**

Raquel Velázquez Velázquez (ed.)

Prólogo de Adolfo Sotelo Vázquez



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Universidad de Barcelona. Datos catalográficos

Un duelo de labores y esperanzas : Don Francisco Giner en
su centenario, 1839-1915

Referències bibliogràfiques

ISBN 978-84-475-4139-3

I. Velázquez Velázquez, Raquel, ed.

r. Giner de los Ríos, Francisco, 1839-1915

© Edicions de la Universitat de Barcelona

Adolf Florensa, s/n

08028 Barcelona

Tel.: 934 035 430

Fax: 934 035 531

comercial.edicions@ub.edu

www.publicacions.ub.edu

FOTOGRAFÍA DE LA CUBIERTA

Retrato de Francisco Giner de los Ríos, por Juan José Gárate.

Óleo sobre lienzo, 124,5 × 101 cm. Patrimonio Histórico Artístico de la Universidad Complutense de Madrid.

ISBN 978-84-475-4139-3

DEPÓSITO LEGAL B-5.779-2016

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN Gráficas Rey

El presente volumen se integra dentro del proyecto de investigación «Historia de la crítica literaria española (1860-1975)» (FFI2011-24565), y ha sido financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, y por la Universidad de Barcelona.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada mediante ningún tipo de medio o sistema, sin autorización previa por escrito del editor.

Índice

Prólogo, de Adolfo Sotelo Vázquez.....	9
MARISA SOTELO VÁZQUEZ, Giner y Galdós: las bellas letras son la carne y la sangre de la historia.....	17
BLANCA RIPOLL SINTES, La «cuestión religiosa» en Francisco Giner y Leopoldo Alas. Una cala en su epistolario.....	35
MARTA CRISTINA CARBONELL, Francisco Giner desde la mirada de Marcelino Menéndez Pelayo.....	47
ALBA GUIMERÀ GALIANA, El krausismo y la Naturaleza trascendente: Francisco Giner de los Ríos y Miguel de Unamuno.....	61
GEMMA MÁRQUEZ FERNÁNDEZ, Giner de los Ríos y Azorín: la sensibilidad como posibilidad política.....	75
RAQUEL VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ, Francisco Giner y Antonio Machado: sobre la mayéutica o el arte de <i>hacer hombres</i> en <i>Juan de Mairena</i>	85
NOEMÍ MONTETES-MAIRAL Y LABURTA, Aristócratas de la intemperie: Francisco Giner de los Ríos y Juan Ramón Jiménez.....	103
ANA RODRÍGUEZ FISHER, Don Francisco Giner, maestro de maestras.....	113
MARCELINO JIMÉNEZ LEÓN, Francisco Giner de los Ríos y Américo Castro: un proyecto común.....	127
VIRGINIA TRUEBA MIRA, Giner desde el (doble) pensamiento de la ausencia de José Ángel Valente.....	139
ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ, Francisco Giner de los Ríos y los intelectuales catalanes.....	151

Prólogo

Don Francisco Giner de los Ríos nació en Ronda el 10 de octubre de 1839. Debido a las ocupaciones de su padre como empleado de Hacienda, sus estudios de primera y segunda enseñanza, así como los universitarios, tuvieron una notable itinerancia. De los años de estudio hay que recordar —por la especial incidencia en su formación— el inicio de su carrera universitaria en la Universidad de Barcelona y su continuación, hasta licenciarse en Derecho cuando se iniciaba el verano de 1859, en Granada. En Barcelona fue discípulo predilecto de Francisco Javier Llorens, el filósofo catalán que también tuvo una poderosa influencia en los aprendizajes de Menéndez Pelayo. El inolvidable doctor Llorens apenas tuvo influencia doctrinal (quizá mayor fue la existencial) en el jovencísimo discípulo, quien solo permaneció en la Universidad de Barcelona un curso. La licenciatura propiamente la cursó en Granada. Los años granadinos fueron fundamentales para su formación, gracias especialmente al profesor de Estética, Francisco Fernández y González, pues los maestros de otras disciplinas no merecieron la atención de Giner, quien siempre se lamentó del escaso rigor de aquellas enseñanzas. Fernández y González le propuso el camino de la reflexión filosófica en sus más diversas esferas. Giner empieza a manejar las obras de Kant, Hegel, Ahrens y Krause a través, este último, de la *Analítica* de don Julián Sanz del Río, según el testimonio de Manuel Bartolomé Cossío.

Los años granadinos, pórtico de su traslado definitivo a Madrid, son los tiempos de sus aprendizajes, henchidos de lecturas del Romanticismo francés —Musset, Lamartine y Alfredo de Vigny— y de los primeros contactos con el idealismo alemán. Fueron también años de aficiones pictóricas y musicales. Síntesis de sus poliédricos quehaceres son sus publicaciones en la *Revista Meridional*, modesta empresa periodística que fue su primera «acción social». En ella vieron la luz los textos más importantes del que sería su primer libro, *Estudios literarios* (1866), y en ella —como advirtió Cossío— laten los orígenes de la personalidad intelectual de Giner:

[...] porque allí aparecen ya definidos y tensos, no algunos, sino todos los hilos rectores con que se ha tejido el opulento tapiz de su labor intelectual y de su vida.

Tres son los más fuertes: el espíritu filosófico, la acción social educadora, y la multiplicidad de intereses o inextinguible curiosidad, que le mantuvo en perenne vibración (Bartolomé Cossío, 1919: xvi).

A finales de 1863 Francisco Giner se traslada a Madrid. La misión fundamental es preparar el doctorado en Derecho, pero el infatigable licenciado andaluz frecuenta el Ateneo y el Círculo Filosófico, fundado en 1860 e impulsado por don Julián Sanz del Río, catedrático de la Universidad de Madrid a cuyas clases universitarias asiste Giner con escogida y continuada devoción. Giner se adentraba junto con sus primeros amigos de estos tiempos madrileños —José María Maranges y Gumersindo de Azcárate— en la aventura krausista y en el tiempo de los intelectuales. Las coordenadas personales de estos años conocen su doctorado en Derecho (1865) y la obtención de la cátedra de Filosofía del Derecho de la Universidad de Madrid (1866-1867), pero también el fallecimiento de su madre, recordado en una carta del 28 de septiembre de 1896 a uno de sus más estimados discípulos, Leopoldo Alas, que acaba de perder a la suya. Giner, poco dado a romper su pudoroso silencio íntimo, le escribe:

También fue casi repentina la de la mía: de cólera fulminante, en aquella epidemia que estalló en Madrid, en octubre del 65, y que a la vez, casi puedo decir que me la quitó y me dio mi cátedra, en que la pobrecilla no llegó a verme. Usted tiene tantos consuelos en el mundo: su oficio, su mujer, sus hijos, tantos amigos cariñosos; pero no importa. Los consuelos no parecen nunca consuelos, ni ese hueco se llena jamás. Jamás, no crea usted a los que le digan otra cosa. Mi madre se sienta a la mesa conmigo todos los días, después de 31 años, y la siento a mi lado en todas mis alegrías y mis penas, que son muchas, unas y otras; aunque los tiempos son más para dolor y terror que para goces (Giner de los Ríos, 1965: 115).

Se trata de una imagen perfecta del verdadero pulso personal de Giner, de las invariantes de su personalidad, de sus labores y esperanzas.

Con el preámbulo de su separación de la cátedra por el ministro de Fomento, Manuel de Orovio, la revolución del 68 alcanza a Giner, quien se dispone a vivir una de las etapas más trascendentes de su vida. De un lado, la muerte de Sanz del Río en 1869 le convierte en el jefe espiritual del movimiento krausista; de otro, Giner se va dando cuenta —quizá 1870 es el punto de inflexión— del fracaso de las esperanzas depositadas en la revolución. Vicente Cacho Viu lo resume con atinadas palabras: «Los dos años transcurridos desde el triunfo de la Gloriosa habían engendrado en el ánimo de don Francisco la más radical desilusión» (Cacho Viu, 1962: 236). Desilusión respecto de los

cambios políticos, mientras crece la convicción de que solo forjando, mediante la educación, *hombres nuevos*, es posible una verdadera revolución en España. Una invariante de su pensamiento queda firmemente asentada en estos días centrales del Sexenio: el imperio benéfico de la razón y la ciencia, y la necesidad de una educación que alcance lo íntimo de las personas. También en este momento se empieza a dibujar con claridad el influjo moral del maestro en discípulos de variadas ocupaciones profesoras. Adolfo Posada, que habría de conocer junto con Leopoldo Alas este influjo moral unos años después, lo caracteriza así:

Su actividad profesional no se limitaba a su cátedra, sino que daba todos los domingos en la Universidad cursos libres de doctrina de la ciencia, sistema de filosofía, etc., en los cuales recogía a algunos de los discípulos más fervientes que le acompañaron después en su obra (Posada, 1981: 81).

No obstante, pese a sus desilusiones y a sus incesantes quehaceres pedagógicos, Giner colaboró directa o indirectamente en algunas reformas del Sexenio, en tres direcciones: en la que atañe a los derechos individuales, en la que compete a las reformas penitenciarias y, sobre todo, en la que inspira las reformas educativas de la Primera República.

El año 1875 abre en la historia de España la etapa de la Restauración borbónica. Y se abre precisamente con una crisis profunda en la vida intelectual de Giner, pues el causante de las expulsiones universitarias del 68 reaparece de nuevo al frente del Ministerio de Fomento. Giner y otros catedráticos —Salmerón y Azcarate entre ellos— son expulsados de la Universidad de Madrid. Es la llamada «segunda cuestión universitaria», que alcanzaría hasta 1881, cuando el ministro Albareda repondría a todos los catedráticos expulsados. En el destierro gaditano, separado de su cátedra universitaria, se fue incubando la idea de fundar una institución educativa de carácter privado, no dependiente del Estado.

Para marzo de 1876 don Francisco Giner y otros profesores universitarios, también separados de sus cátedras, alumbran las bases organizativas de la Institución Libre de Enseñanza. La primera Junta general de accionistas se celebra en mayo del 76 y la actividad académica se inicia el siguiente mes de octubre. «Desde esa fecha hasta 1915, año de su muerte, la trayectoria vital de Giner se difumina y se pierde en la historia interna de la Institución. Serán casi cuarenta años de una actividad pedagógica incansable» (Jiménez García, 1986: 135). La Institución y la cátedra universitaria, y posteriormente las hijuelas de la ILE, ocuparon los trabajos y los días de don Francisco, cuyo eje fue la educación, convertida en mediación primera y fundamental de la regeneración de los

hombres y los pueblos de España. Giner y la ILE querían, además de enseñar e instruir, educar. Un texto capital de su andadura intelectual así lo deja consiguado. Se trata del «Discurso inaugural del curso 1880-81» en la ILE:

Obra es esta, señores, que pide clara concepción, labor profunda, ánimo sereno, devoción austera, paciencia inquebrantable. De ese común espíritu imbuidos los diversos órganos de la vida social, aportan a ella todos, cuando permanecen fieles a su vocación, el generoso fruto de su ministerio. Extiende la religión entonces por doquiera la santidad de la virtud, la paz, la tolerancia, la concordia, el solidario amor entre los hombres, hijos de un mismo Padre que cada cual invoca en su distinta lengua; despierta la ciencia de la unidad radical de las cosas, y presta a todas, aun las más humildes, un valor trascendental y supremo y una como participación en lo infinito. El arte de lo bello depura el sentimiento, ordena y disciplina la fantasía, remueve las entrañas y la faz de la Naturaleza, nos abre el inagotable venero de goces sanos, íntimos, varoniles, y desenvuelve en nosotros un sentido ideal, que sabe hallar mundos y regueros de luz aun allí donde el vulgo tropieza entre tinieblas (Giner de los Ríos, 1935: 28).

Al aire del sucesivo vuelo de la ILE y de los planteamientos renovadores de Giner fueron fraguando diversas entidades y centros que proyectaron la sombra de su ideario y de sus labores. Sin ánimo de ser exhaustivo, es necesario mencionar la creación, en Madrid en mayo del 82, del que andando el tiempo se llamaría Museo Pedagógico Nacional, dirigido por Cossío. En enero de 1907 se creó la Junta para Ampliación de Estudios, presidida por Santiago Ramón y Cajal, que concedió numerosas pensiones para ampliar estudios en el extranjero, e impulsó la propia investigación en concordancia con organismos como el Centro de Estudios Históricos, presidido por Ramón Menéndez Pidal. Con ademán europeísta, anidado en la ILE, el Centro de Estudios Históricos amplió el estudio del patrimonio histórico, artístico y cultural español. Continuada señera de la ILE fue la Residencia de Estudiantes, creada en 1910 y presidida por Alberto Jiménez Fraud, y luego, en 1915 dentro de ella, la Residencia de Señoritas, cuya dirección se encomendó a María de Maeztu. El pensamiento y la acción cristalizaron también en el Instituto-Escuela, fundado en 1918. Los planteamientos renovadores de Giner son ineludibles en la construcción de la modernidad española antes de 1936, ensamblando el casticismo de la raíz más viva con el europeísmo más eficaz. O dicho con el pertinente y preciso decir azoriano: «Giner y su europeísmo, aliado al amor por el paisaje de Castilla. Giner, europeo y apasionado del Guadarrama» (Azorín, 1967: 127).

La biografía intelectual de Giner es el paradigma de la armonización de unos principios doctrinales y vitales krausistas con la adecuación a los nuevos

tiempos y a sus valores filosóficos y científicos. Las metas ideales del pensamiento krausista Giner las fue acomodando con pragmatismo a programas de acción concretos y eficaces. «Para ello», como ha escrito el profesor López Morillas, «había que flexibilizar la doctrina, macerarla en la experiencia cotidiana, redondear las aristas de su rígida moral, endulzar su intolerante dogmatismo, en suma, *pragmatizarla*» (López Morillas, 1988: 11). En los quehaceres de Giner, conjugación de ideas y acciones, las líneas maestras son varias.

La primera es, sin duda, la íntima compenetración entre la filosofía y la acción, entre la filosofía y la pedagogía, los ideales y la educación. Antes que el Derecho, por encima de las normas y las leyes, está la conducta. Por ello, la filosofía de don Francisco es una filosofía de la conducta. En palabras de su discípulo Adolfo Posada, «o sea una ética y una *estética*: es una filosofía de principios, no de abstracciones, de principios que han de vivirse» (Posada, 1981: 100). La sombra de esta línea maestra es perdurable: baste pensar en Juan Ramón Jiménez.

La filosofía gineriana como filosofía de la conducta tiene una segunda dirección de preocupaciones y programas: la formación del hombre nuevo, de la personalidad de los hombres y mujeres que forjaron su mundo interior a la luz del maestro. De modo constante y continuado, Giner insistió en sus textos y en sus acciones en este aspecto. De sus textos debemos recordar el temprano ensayo «La juventud y el movimiento social» (1870), defensa apasionada del hombre nuevo, de la educación desinteresada frente al utilitarismo y al egoísmo, desde el firme convencimiento —latía en el *Ideal de la Humanidad*— de que «ser krausista era ante todo hacer profesión de fe en la capacidad del hombre para la perfección» (López Morillas, 1988: 61).

Asentados en la columna vertebral bifronte que acabo escuetamente de bosquejar, el pensamiento y las acciones de Giner se encaminaron en diversos sentidos, con un denominador común: la regeneración espiritual pasa por la enseñanza o, en términos paralelos, a la redención nacional se va por la educación.

Finalmente, en este breve perfil intelectual quiero consignar alguno de esos sentidos. El primero, la preocupación por el patrimonio artístico y por el inventario de los tesoros históricos; el segundo, el descubrimiento del paisaje, nacido de la convicción de que las obras del hombre precisan de la obra de la Naturaleza para cobrar su más justa dimensión. Es esta una preocupación decisiva, pues el horizonte historiográfico de Giner —deudor de Herder y Krause— busca siempre indagar bajo la superficie de la historia externa, la intrahistoria de los pueblos peninsulares. El paisaje, como el arte o la literatura, debe facilitarnos dicha caracterización intrahistórica, clave de la verdadera tradición, tal y como Galdós noveló en los *Episodios nacionales* y Miguel de Unamuno teorizó en los ensayos de 1895, *En torno al casticismo*.

Otros sentidos de las tareas ginerianas tienen que ver con su preocupación por el intervencionismo del Estado y con las reformas y la misión de la Universidad, que debe radicar en regenerar lo moral, refinar lo espiritual y vigorizar lo científico en la vida de la nación, en los quehaceres de la Humanidad. Giner quería que la Universidad fuese lo que, en realidad, fue el perfil intacto de su andadura intelectual toda. Lo dejó escrito en 1902: «una potencia ética de vida» (Giner de los Ríos, 1916: 121). El mejor mensaje que emana de todos y cada uno de sus perfiles intelectuales.

Como presente perdurable de esa potencia ética de vida, celebramos el pasado 6 de mayo una jornada en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona sobre don Francisco Giner de los Ríos en el centenario de su fallecimiento: *Un duelo de labores y esperanzas*. Verso que procede del «Elogio» que Antonio Machado escribió en Baeza (21-II-1915) a la muerte del maestro y que se publicó de inmediato en el semanario *España*.

Las diversas ponencias que presentaron en dicha jornada todos los profesores, que en alguna etapa de su dilatada andadura formaron parte del grupo de investigación *Historia de la crítica literaria española (1868-1975)*, tenían un denominador común: el magisterio y la larga influencia que Giner proyectó en el mundo intelectual del último cuarto del siglo XIX y del siglo XX y, en particular, en las letras españolas desde Galdós a Valente. Se trataba de justipreciar las huellas del ideario de don Francisco en la polifonía de una serie de escritores que, en su mayoría, le escucharon y le leyeron con verdadera devoción creadora. Ahora les toca a los lectores del presente libro recrear lo que aquella jornada buscó significar.

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ

BIBLIOGRAFÍA

- AZORÍN (1967): «España. Cossío», *ABC* (31-XII-1929), en *Crítica de los años cercanos* (José García Mercadal [ed.]), Taurus, Madrid.
- BARTOLOMÉ COSSÍO, Manuel (1919): «Su primer libro», prólogo a Francisco Giner de los Ríos, *Obras completas*, t. III, *Estudios de literatura y arte*, Espasa-Calpe, Madrid.
- CACHO VIU, Vicente (1962): *La Institución Libre de Enseñanza*, Rialp, Madrid.
- GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO (1916): «Qué debe ser la Universidad española en el porvenir», *Obras completas*, t. II, *La Universidad española*, Espasa-Calpe, Madrid.
- (1935): «El espíritu de la educación en la Institución Libre de Enseñanza», *Obras completas*, t. VII, *Estudios de educación*, Espasa-Calpe, Madrid.

- (1965): *Ensayos y cartas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio (1986): *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, Cincel, Madrid.
- LÓPEZ MORILLAS, Juan (1988): *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Giner de los Ríos*, Alianza, Madrid.
- POSADA, Adolfo (1981): *Breve historia del krausismo español*, Universidad de Oviedo, Oviedo.

Giner y Galdós: las bellas letras son la carne y la sangre de la historia

Marisa Sotelo Vázquez

He decidido titular este trabajo con la certera frase del profesor López Morillas «Las bellas letras son la carne y la sangre de la historia», procedente de su artículo «Las ideas literarias de Francisco Giner de los Ríos», *Revista de Occidente*, núm. 34 (1966), por dos motivos, el primero, por un acto de justicia, ya que en una serie de trabajos posteriores sobre krausismo, historia y literatura he visto citada la mencionada frase repetidas veces atribuida erróneamente a Giner, cuando tras revisar y releer con atención todos sus trabajos sobre literatura e historia he comprobado que no figura de forma literal en ninguno de ellos. Y, en segundo lugar, porque me parece muy pertinente para lo que me propongo estudiar aquí, la relación entre historia y literatura desde la óptica krausista y, más específicamente gineriana, en relación con la literaturización de la historia llevada a cabo por Galdós en sus novelas y, muy especialmente, en los *Episodios nacionales*.

Para ello partiré de la etapa de formación de Galdós como estudiante de Derecho en la Universidad de Madrid que se inicia el curso 1862-1863, y que evoca en la *Guía espiritual de España* con estas palabras: «Asistía yo, con intercadencias, a las cátedras de la Facultad de Derecho, y con perseverancia a las de Filosofía y Letras, en las cuales brillaban [...] profesores como D. Fernando de Castro, D. Francisco de Paula Canalejas, el divino Castelar, el austero Bardón y el amenísimo y encantador Camús» (*Pérez Galdós*, 1973b: 1268). De entre estos profesores será Fernando de Castro¹ —«el clérigo apóstata»— al que dedicará un artículo en «Galería de figuras de Cera», en *La Nación* (16-II-1868), calificando su actividad docente de «caritativo sacerdocio» (Shoemaker, 1972: 428). El

1 El joven Galdós dedicó un artículo a su admirado maestro Fernando de Castro en *La Nación* (16-II-1868), en la serie «Galería de figuras de cera». En él abordaba el retrato intelectual del maestro krausista en estos elogiosos términos: «una vida ejemplar, laboriosa, consagrada al estudio, al noble cultivo de la ciencia y a la mayor perfección posible del espíritu; esta vida de sabio ilustre y de cristiano fervoroso, ¿no es conocida de todo el mundo? Pero otro fin ocupa también su actividad benéfica y generosa. No basta estudiar y orar, perfeccionarse intelectual y espiritualmente; es preciso mirar un poco hacia el pobre prójimo [...] es preciso practicar la más noble misión del apóstol y del sabio; es preciso descender del razonamiento y de la contemplación para ocuparse en la enseñanza; y ninguno practica con más entusiasmo y fervor este caritativo sacerdocio» (Shoemaker, 1972: 428).

preciso sintagma de raigambre clariniana resume la profunda significación que para él tuvo el mencionado maestro, al que había dedicado con anterioridad elogiosos comentarios.

La primera referencia de Galdós al eminente profesor que le pondría en contacto con el krausismo aparece en la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa* (Madrid, 1865-1867), concretamente en la «Revista de la semana» del 8 enero de 1866. En realidad, dicha mención era continuación de un análisis crítico de la situación político-cultural española expuesta por Galdós en la «Revista de la semana» (24-XII-1865); allí el futuro novelista, que no tenía todavía bien asentada su teoría de la novela, criticaba abiertamente la inestabilidad política española y la pobreza del «movimiento intelectual» del país falto de calidad y de ideas nuevas, que le permitieran competir con el resto de Europa. Pues bien, en la mencionada revista (8-I-1866), comentando el ingreso aquel mismo mes de Fernando de Castro en la Real Academia de la Historia, colma de elogios al venerado profesor krausista:

Ayer tuvo lugar en la Academia de la historia la recepción del nuevo académico, D. Fernando de Castro. [...] Su discurso fue brillantísimo. Encierra profundas y originales ideas, expresadas en un estilo elegante y correcto. Inútil es que encarezcamos la importancia y los méritos del Sr. Castro, porque todo el mundo conoce lo que vale este ilustre presbítero, que ha hecho tantos servicios a la ciencia histórica en nuestro país (Hoar, 1968: 122).

Y ya en un nuevo artículo de la misma revista (22-I-1866), frente a las críticas de algunos sectores políticos de la prensa, Galdós, evitando entrar en polémica, defiende abiertamente las ideas de su discurso de ingreso:

Y a propósito de historia, nos sorprende sobremanera que el discurso pronunciado por el académico D. Fernando de Castro (uno de los pocos sabios que tenemos) haya excitado el encono de ciertos periódicos notables bajo todos los conceptos. Nos abstenemos de internarnos en la cuestión, porque podría creerse, en atención a la categoría de políticos que tales periódicos gozan, que terciábamos en contienda que nos están vedadas. [...] El Sr. Castro se defenderá de tan injustas agresiones. Confianza ciega tenemos en su inmenso saber, y no dudamos que saldrá airoso de tal empresa si toma parte en la polémica (Hoar, 1968: 131).

Por estos mismos años es también seguro que Galdós conoció y trató a Francisco Giner, quien llegó a Madrid, procedente de Granada unos meses después, en 1863. La vida de ambos autores en estos primeros años madrileños

muestra ciertas afinidades estéticas. Pues si bien Galdós tenía escaso interés por el Derecho y frecuentaba más que las aulas el café Universal —magnífico observatorio de la sociedad de su tiempo donde practicaba el arte de la caricatura—, asistía con regularidad al teatro, no se perdía ninguna ópera, y era asiduo del Ateneo, a cuya tertulia asistían Labra² y Giner. Y lo que es más importante, en sintonía con Giner, mostraba gran afición a la música y al dibujo, como ejes vertebradores de su sensibilidad estética —así consideraron los krausistas estas disciplinas en su ideario pedagógico—. La amistad entre ambos debió de ser bastante estrecha en estos primeros años, pues Galdós leyó algunos capítulos de las llamadas por Montesinos «novelas pedagógicas», es decir *La desheredada* y *El amigo Manso*, en la Institución Libre de Enseñanza.

Además, para ambos, son estos años decisivos en su formación ideológica, espiritual y estética. Años de crisis en la convulsa sociedad española, antesala de la revolución del 68, y que, a juicio del profesor López Morillas, hay que contemplar inserta en «la crisis de la conciencia europea» del último tercio del siglo XIX. En este contexto, Galdós vive en Madrid una serie de sucesos históricos que iban a marcar decisivamente su vida y su producción narrativa, la insurrección estudiantil reprimida por la fuerza pública la noche de San Daniel y la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil, que cobran vida literaria en Ángel Guerra (1891) y en *La de los tristes destinos* (1907), décima y última novela de la cuarta serie del colosal ciclo novelesco que son los *Episodios nacionales*.

En su aprendizaje literario Galdós pasa de forma natural del periodismo a la escritura de novelas, familiarizándose con las ideas literarias de Giner cuando está redactando *La Fontana de Oro* en 1867, el mismo año en que viaja por primera vez a París y descubre las novelas de Balzac.³ En esta primera etapa la huella de Francisco Giner es evidente en el texto programático de 1870, considerado el Manifiesto del realismo español y titulado «Observaciones sobre la novela contemporánea en España», donde indirectamente Galdós expone su filosofía de la historia, es decir, los presupuestos que debía cumplir la literatura

2 Rafael María de Labra (La Habana, 1840 – Madrid, 1918). Político liberal y republicano, se distinguió desde muy joven por sus grandes dotes de orador patentes en sus intervenciones en el Ateneo de Madrid, gran defensor de las leyes abolicionistas contra la esclavitud, fue junto a Francisco Giner de los Ríos uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza en 1876, de la que llegó a ser rector entre 1881 y 1887 y posteriormente entre 1885 y 1918.

3 Galdós en *Memorias de un desmemoriado* cuenta cómo paseando por los *quais* del Sena en París descubrió la novela francesa: «el primer libro que compré fue un tomito de las obras de Balzac —un franco; Librairie Nouvelle—. Con la lectura de aquel librito, *Eugenia Grandet*, me desayuné del gran novelador francés, y en aquel viaje a París y en los sucesivos completé la colección de ochenta y tantos tomos, que aún conservo con religiosa veneración» (Pérez Galdós, 1973a: 1431).

y más específicamente la novela para convertirse en auténtica novela nacional, representativa del carácter del pueblo español. Novela, que como es bien sabido, Galdós postulaba que debía ser contemporánea, es decir, reflejar el desarrollo de la sociedad burguesa:

La clase media, la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable. Es ella hoy la base del orden social: ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble e insaciable aspiración, su afán de reformas, su actividad pasmosa (Bonet, 1972: 122).⁴

Debía ser española y, consecuentemente, abandonar la imitación servil de la literatura folletinesca francesa, que había pervertido el gusto del público, para nutrirse de nuestra auténtica tradición, la novela picaresca, Cervantes y el costumbrismo romántico: «El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas es haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia» (Bonet, 1972: 115), a la vez que valoraba la oportunidad del momento para emprender dicha reforma: «La sociedad actual [...] tiene [...] en el momento actual, y según la especial manera de ser con que la conocemos, grandes condiciones de originalidad, de colorido, de forma» (Bonet, 1972: 123).

Estas ideas que iban a resultar tan fecundas para toda la novela realista decimonónica tienen una fuente que fue señalada por López Morillas (1966) y Rodgers (1988) en el ensayo de Francisco Giner «Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna» (1866), en el que el maestro krausista rechazaba la historia convencional insistiendo en que «no es otra cosa la literatura que el primero y más firme camino para entender la historia realizada; mentor universal, nos reproduce lo pasado, nos explica lo presente y nos ilustra y alecciona para las oscuras elaboraciones de lo porvenir» (Giner de los Ríos, 1919: 164). Y si la literatura debía ser el camino para entender la historia era necesario acudir a la literatura nacional, para poder reflejar fielmente el auténtico espíritu del pueblo, abandonando la imitación de la literatura francesa «atemporal y falsa-

4 Años más tarde, en *Los apostólicos* (1879), penúltimo episodio de la segunda serie, Galdós expresa la misma idea: «la formidable clase media que hoy es el poder omnímodo que todo lo hace y deshace [...] nació en Cádiz [...]. El tercer estado creció abriéndose paso entre frailes y nobles; y echando a un lado con desprecio estas fuerzas atrofiadas y sin savia, llegó a imperar en absoluto, formando con sus grandezas y sus defectos una España nueva» (2011: 648).

mente cosmopolita», tal como proponía Giner desde una más que patente galofobia⁵ e insistía en que «el espíritu francés, encarnado en nuestra sociedad, ha reinado despóticamente en la literatura, sobreponiendo su cosmopolitismo a la índole nacional de nuestro genio» (Giner de los Ríos, 1919: 168). Y por último, también, Giner señalaba la oportunidad del momento histórico para llevar a cabo dicha regeneración, pues «a épocas de postración y marasmo» «suceden las de vitalidad y acción» (Giner de los Ríos, 1919: 224). En consecuencia, el maestro krausista tenía una inquebrantable fe, al igual que Galdós en las «Observaciones», en la capacidad de reacción y en «el enérgico sentimiento de algunos escritores que aspiran a dirigir las letras por otros caminos» (Giner de los Ríos, 1919: 224). La coincidencia entre los postulados del texto canónico galdosiano y los de Giner en las «Consideraciones sobre la literatura española moderna» es total. La regeneración de la novela española no podía venir de emular las letras francesas sin más, sino de nuestra tradición, de nuestra propia historia, porque

[...] desgraciadamente, no siempre hemos resistido ese funesto poder de la imitación [...] y harto tiempo [...] ha caminado nuestra literatura de vacilación en vacilación, de extravío en extravío, y si no se ha perdido para siempre, es porque nuestro pueblo tiene tradiciones y elementos de vida propios; y los pueblos que tienen historia tienen literatura, que necesariamente ha de florecer, tan luego como las circunstancias sociales le presten amparo (Giner de los Ríos, 1919: 169).

También en esta primera etapa, Galdós al escribir las llamadas por Clarín novelas tendenciosas o novelas ideológicas iba a tener de nuevo muy en cuenta las ideas de Giner que va a encarnar en determinados personajes, como Pepe Rey en *Doña Perfecta*, el judío Daniel Morton en *Gloria* y, sobre todo, León Roch en *La familia de León Roch*, que son novelas realistas, pero en las que los detalles tomados de la realidad, del natural van a ser puramente accesorios, puesto que «en esta estirpe novelesca la idea es, pues, lo sustantivo y el individuo que la encarna lo accidental; o, dicho de otro modo, la idea gobierna al personaje y no este a aquella» (López Morillas, 1968: 102).

5 Galofobia no atribuible a Galdós en el mismo grado que a Giner, pues si bien es cierto que el autor de *La desheredada* critica repetidamente en su texto canónico, «Observaciones sobre la novela contemporánea en España», la excesiva dependencia de la literatura española de la francesa, debido a la traducción indiscriminada de novela folletinesca, que había intoxicado y maleado el gusto del público, por otro lado, era muy capaz de valorar las aportaciones que Balzac, los Goncourt, Flaubert y, sobre todo, Zola habían hecho a la novela francesa y la europea en general. Aportaciones metodológicas que los novelistas españoles debían tener muy en cuenta para formar parte de la mejor tradición europea.